

Antrop. Esperanza Penagos Belman

CENTRO INAH-CHIHUAHUA

Desde 1997, el inah ha desarrollado una investigación diagnóstica sobre el estado de conservación arquitectónica y el patrimonio mueble de aproximadamente ochenta iglesias de origen jesuita, localizadas en la región tarahumara. Este trabajo tiene por objetivo presentar a ustedes los avances de dicha investigación y algunos de sus resultados parciales; por ejemplo, la formación de un archivo visual fotográfico y de levantamiento arquitectónico de cada uno de estos inmuebles.

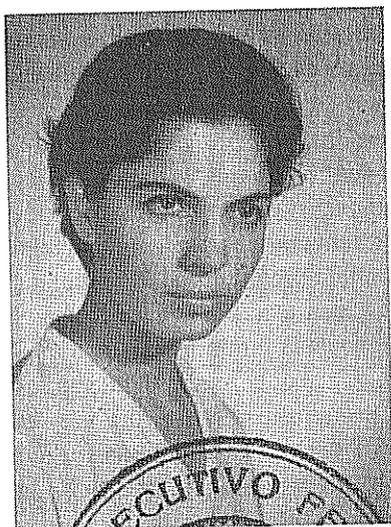
Para tal efecto, hemos dividido el presente trabajo en tres grandes apartados: la primera parte corresponde a una introducción histórica somera sobre la presencia jesuita en la región tarahumara.

La segunda constituirá la presentación de la investigación y sus avances y, finalmente, en la tercera intentaremos ofrecer algunos puntos de reflexión que indiquen los derroteros sobre los cuales puede darse continuidad a este proyecto de investigación.

La Compañía de Jesús o *Societas Jesú* siguiendo su denominación en latín, nació en España a mediados del siglo xvi;¹ fue fundada con objeto de contrarrestar los efectos de la reforma luterana y servir de bastión impulsor y renovador del catolicismo europeo. Dicha orden profesó una particular adhesión a la institución pontificia simbolizada por la instauración de un cuarto voto de obediencia al papa.² Con el arribo de los jesuitas a la Nueva España en 1572 se cierra, según diversos especialistas, una primera etapa conocida como periodo primitivo en el desarrollo de las tareas misionales emprendidas a lo largo y ancho de nuestro actual territorio, por las órdenes mendicantes.³ La nueva Orden recién llegada que en un principio se consagró con particular esmero a la educación y al robustecimiento de la sociedad criolla, así como a la elevación del clero secular; pronto emprendió las tareas necesarias para lograr el ensanchamiento de sus territorios misionales y la evangelización de remotas regiones consideradas como paganas. La presencia jesuita en la región conocida como la Nueva Vizcaya debe observarse además como un fenómeno paralelo en el permanente y prolongado proceso de exploración y colonización del septentrión novohispano. En efecto, hemos de señalar que el paulatino desarrollo de los establecimientos misionales (tanto franciscanos como jesuitas) se dio de forma complementaria al reconocimiento geográfico efectuado por múltiples colonizadores y el trazo de nuevas rutas de exploración que permitieron el temprano descubrimiento de los principales minerales en Zacatecas, Durango, Santa Bárbara y Parral, junto a la instauración de un conjunto de presidios cuya función era la protección de viajeros y comerciantes que circulaban por las nuevas rutas abiertas.

La penetración de los jesuitas a la Nueva Vizcaya se desplegó esencialmente por dos frentes: la primera ruta de acceso fue por la región occidental de Chihuahua colindando con lo que en la actualidad conocemos como la frontera con Sinaloa. El segundo frente de acceso correspondió a la región meridional de la sierra tarahumara, es decir, la zona colindante con la antigua capital de la Nueva Vizcaya, entonces conocida como la Villa de Guadiana (hoy Durango).

Para ingresar a la Nueva Vizcaya el misionero jesuita del siglo xvi entraba por Zacatecas y luego se dirigían a la Villa de Guadiana donde tenían establecida una residencia y un colegio. Desde ahí emprendían sus viajes de prospección hacia el norte y el poniente; sin embargo, habría que mencionar que la actividad misional en la Nueva Vizcaya durante los siglos xvii y xviii estuvo no sólo dominada por la presencia jesuita, sino además por la orden franciscana.⁴ Cabe señalar que la



entrada de ambas órdenes a la región no fue simultánea, ni se desarrolló sobre los mismos territorios misionales. Por el contrario, los franciscanos tuvieron presencia en el área desde que se iniciaron los trabajos de exploración del septentrión novohispano, tanto que desde el inicio de las expediciones de Francisco de Ibarra, el explorador y aventurero español se hacía acompañar por sacerdotes pertenecientes a dicha Orden y décadas más tarde, hacia 1574, los sacerdotes franciscanos habían fundado ya un convento en el Valle de San Bartolomé, hoy Valle de Allende. En contraste, la entrada de los

pano y particularmente en la región que nos ocupa, hemos de observar que los misioneros jesuitas desarrollaron una metodología de penetración y conversión paulatina dividida en tres grandes fases:

La primera fase preliminar consistió en desarrollar actividades de prospección, exploración e indagación buscando la aceptación de la población vernácula, seguida por una segunda fase cuyo primer propósito consistía en lograr la reducción⁵ de la población nativa; esto es, la formación de poblados constituidos por indígenas que hubieran vivido



-133-



-134-



-135-

jesuitas a la religión puede considerarse como tardía si nos atenemos a las fechas de fundación de sus primeras misiones; sin embargo, no lo es tanto si observamos que la Orden apenas había sido fundada en Europa una década antes de iniciar la segunda mitad del siglo xvi. Ahora bien, lo que queremos dejar claro es que cada una de estas órdenes desarrolló su trabajo pastoral y evangélico en territorios particulares: los franciscanos se extendieron sobre las tierras bajas de la Nueva Vizcaya y desarrollaron su trabajo misional en las áreas aledañas a las rutas perfiladas por el Camino Real de tierra Adentro; además que se especializaron en la labor evangélica con indígenas conchos y chinarras, mientras que los jesuitas se difundieron hacia la zona central y suroeste del actual estado de Chihuahua.

Asimismo, si nos centramos un poco en la lógica del avance misional jesuítico en el septentrión novohis-

diseminados; ello posibilitaba desarrollar —no siempre sin dificultades— un conjunto de tareas necesarias para la institución del núcleo urbano y para la marcha misma del puesto misional. Por último, una tercera fase tendía a la conversión de los pueblos de misión en pueblos de doctrina.

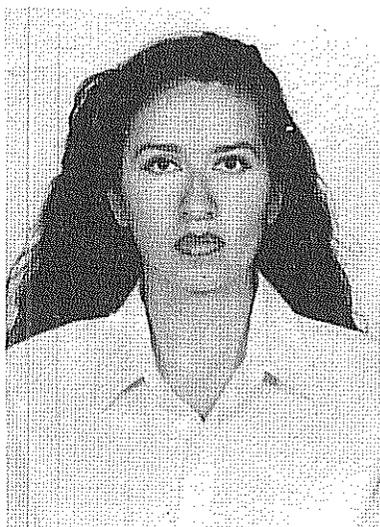
Así, siguiendo este patrón de operación —que nunca estuvo exento de contradicciones— los jesuitas pudieron establecer un sistema misional que cubrió más de treinta mil kilómetros cuadrados organizados en tres grandes unidades regionales conocidos como rectorados: el primero fue el rectorado de la tarahumara baja o antigua llamado también rectorado de la Natividad de la Virgen María. El segundo fue el rectorado de la tarahumara alta o nueva que fue a su vez subdividido en los de San Joaquín y Santa Ana y el de Nuestra Señora de Guadalupe y por último, un tercero establecido en la Sierra de Chinipas en colindancia con los estados de Sinaloa y Sonora.

La expansión y el avance jesuítico partió del primer rectorado. Posteriormente, después de una interrupción de más de veinte años iniciada por la rebelión tepehuana y más tarde continuada por la rebelión del Papigochic, se avanzó en la constitución del rectorado de la Alta o Nueva tarahumara en cuya tarea no debe subestimarse la prolífica labor desarrollada por el Padre José Tarda y Tomás Guadalaxara. Ahora bien, muchos fueron los factores que intervinieron en la selección del sitio para la instalación de los puestos de misión, entre ellos podemos mencionar la esterilidad del territorio, la hostili-

toritaria de la Corona estaba ausente. En suma, la instalación de las misiones se efectuó en sitios indómitos, desconocidos y libres de población hispánica donde para lograr el ensanchamiento mismo de sus territorios, la institución virreinal había concesionado parte de su poder a las órdenes religiosas. Ello las dotó de un enorme poder pues frente a la ausencia primaria de autoridades coloniales el control y administración absoluto de los pueblos indios estaba en manos de los frailes. Esto último se convertiría años más tarde en uno de los principales argumentos en contra de la presencia de



-136-



-137-



-138-

dad de los grupos nativos, la existencia previa o no de núcleos de población estables, etc. Ricardo de León, en su análisis desarrollado en las misiones que corresponden al Papigochic menciona -citando a Polzer- que el lugar más común para su emplazamiento coincidió especialmente con los lugares cercanos a los puestos ceremoniales indios. Empero, dicha tendencia que es notoriamente observable en el caso mesoamericano, no lo es tanto para la región que nos ocupa, aunque no debemos descartar que en algunos casos se hubiera seguido dicho patrón; por el contrario, en otros sitios lo prioritario fue contar con un lugar que ofreciera los medios necesarios para la defensa o el estar situado en una zona rica de recursos que garantizaran la sobrevivencia humana. Lo que queda claro es que el establecimiento misional correspondió a un modelo evangelizador aplicado en las regiones de frontera donde por principio la presencia administrativa, fiscalizadora y au-

las órdenes religiosas por parte del clero secular y de las autoridades civiles, quienes no veían con muy buenos ojos que los frailes se erigieran casi como una potencia autónoma en muchas de las comunidades que ellos mismos promovieron.

Antes de la expulsión de los jesuitas del Nuevo Mundo, el panorama en la región tarahumara se perfilaba realmente próspero. De hecho, con la finalización a principios del siglo xviii de las continuas insurrecciones tepehuanas y tarahumaras y una creciente y relativa estabilidad sociopolítica en la región, la burocracia jesuita pudo establecer un plan para el crecimiento de sus puestos misionales. Sobre este punto, hay que recordar que para 1753, fecha en la que los jesuitas habían cedido al Obispado de Durango -22 misiones- los proyectos para instaurar nuevos puestos misionales se encontraban en ascenso y la mira expansiva estaba siendo dirigida hacia las zonas que habían sido desatendi-

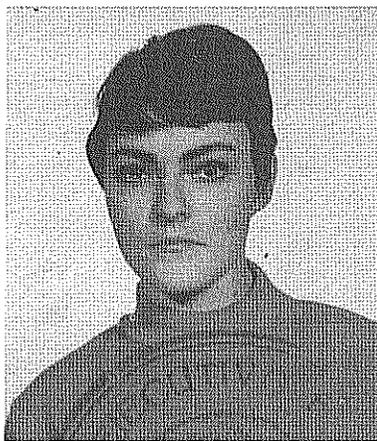
das por los franciscanos. Muestra de ello es el informe que el padre visitador Lizasoain hizo justo cinco años antes del decreto de expulsión, pues en su recorrido visitó los pueblos franciscanos de San Buenaventura, Janos y Casas Grandes, todos ellos lugares en los que los misioneros de la Orden jesuita habían fincado su interés frente a su ostensible abandono debido a los permanentes ataques apaches.

En las fechas en las que el decreto de expulsión se hizo válido, la Orden jesuita contaba con 29 partidos de misión en la región. Diecisiete de ellos correspondían a la Provincia de la Tarahumara (alta) y las 12 restantes pertenecían a la Provincia de Chinipas. En dichos puestos misionales los jesuitas trabajaban mayoritariamente con población indígena tarahumara, pero también atendían a la población pima, Guarijio, tepehuana, tubar y chinarrá. A la salida de los miembros de la Orden, 18 de estos partidos pasaron a los franciscanos procedentes de la Provincia de Zacatecas y 11 de ellos correspondieron al clero secular del Obispado de Durango. William Merrill⁶ (1993), quien ha investigado el proceso misional posterior a la expulsión, advierte que las misiones que fueron transferidas al clero secular del Obispado de Durango nunca pudieron recuperarse de su situación económica deteriorada como consecuencia de las confiscaciones de sus bienes. Algunas de ellas se convirtieron en blanco de ataques apaches, otras fueron expropiadas por vecinos y mestizos quienes amenazaron a los indios ahí asentados y se apoderaron de sus propiedades. En otros casos fueron también abandonadas por los mismos indígenas que se retiraron para buscar fuentes de sustento en otras latitudes o para trabajar en los centros de población hispánica, como los reales de minas y las haciendas ganaderas.

Muchas otras misiones carecieron por completo de responsables permanentes. Al respecto el mismo Merrill explica que "para 1793 -esto es casi 30 años después de la expulsión de los jesuitas- de los 11 partidos de la tarahumara alta y chinipas, sólo uno contaba con un ministro permanente, mientras que tres de ellos contaban con ministros interinos y siete no tenían ninguno".⁷ Así, las misiones que pasaron al clero secular se deterioraron rápidamente, mientras que las administradas por la Provincia Franciscana de Zacatecas lo hicieron de manera gradual, pero florecieron has-



-139-



-140-



-141-

ta 1830 cuando la responsabilidad de estos establecimientos misionales fue transferida a las Provincias Franciscanas de Zacatecas y Jalisco.

Aunque las misiones que había recibido la Provincia Franciscana sí contaron con misioneros estables, no pudieron evitar los ataques de indios enemigos por un lado y la desertión de sus habitantes por otro. En 1793, los indígenas habían abandonado seis de los ocho partidos misionales buscando refugio de los ataques o unificándose con otros indígenas en contra de los españoles. Merrill manifiesta que las misiones que recibió el clero secular sobrevivieron hasta el siglo XIX, pero paulatinamente se fueron convirtiendo en pueblos de mestizos como resultado de la asimilación de los indios por las misiones y la expansión de gente mestiza y española dentro de las mismas.

Ahora bien, cuando los franciscanos recibieron las misiones jesuitas el panorama que ofrecían los diversos pueblos misionales no era homogéneo. La mitad de ellas⁸ carecían de iglesias y casas curales o bien se encontraban en malas condiciones y carentes de bienes ornamentales, alhajas y mobiliario.

Más adelante, hacia 1771, los franciscanos se propusieron la reconstrucción y el mejoramiento de los puestos misionales. En 1803 habían construido 28 iglesias nuevas, todas ellas más grandes que las construidas un siglo atrás por la orden jesuita; sin embargo, el crecimiento económico de las misiones nunca fue el mismo que habían mostrado en épocas precedentes; éstas y otras circunstancias generaron que algunas de las iglesias edificadas en el siglo XVIII se encontraran en malas condiciones en los inicios del siglo XIX.

En la actualidad y desde el año de 1997 el Instituto Nacional de Antropología e Historia desarrolla una investigación diagnóstica sobre el estado de conservación que presentan los edificios misionales de origen jesuita localizados en la Sierra Tarahumara.

Los objetivos de dicho proyecto fueron en primer lugar, lograr el registro y valoración del estado actual de los edificios misionales, así como inventariar los bienes muebles e inmuebles que forman parte del patrimonio histórico-cultural regional para elaborar posteriormente planes y programas interinstitucionales de conservación y mantenimiento de los edificios misionales y lograr en adelante la promo-

ción y difusión de las misiones como parte del Patrimonio Histórico y Cultural del Estado de Chihuahua.

Para alcanzar las metas trazadas el proyecto fue dividido en tres grandes pasos metodológicos:

La primera fase fue el desarrollo de una investigación preliminar con objeto de conocer la localización y posible existencia de los inmuebles misionales. Dicha etapa fue breve y tuvo como principal fuente de información material bibliográfico y hemerográfico impreso.

La segunda vía metodológica que siguió el proyecto fue el trabajo de campo⁹ que se desarrolló con el fin de lograr la identificación *in situ* de cada edificio misional y de sus correspondientes bienes muebles. Sólo partiendo de este presupuesto metodológico pudo obtenerse un registro inventariado del patrimonio mueble e inmueble de cada construcción misional, como una evaluación del estado de deterioro y/o conservación de cada pieza y conjunto arquitectónico mediante la observación crítica de sus materiales y elementos. Asimismo, se obtuvo el registro fotográfico y el levantamiento de planos por cada inmueble visitado.

Por último, la tercera fase metodológica se desarrolló en el gabinete. Básicamente consistió en la sistematización de la información obtenida en el trabajo de campo, así como la formación y constitución del archivo que integra tanto los diagnósticos arquitectónicos como los de obra mueble.

En esa fase de sistematización de la información el diagnóstico de cada inmueble fue dividido en dos: el diagnóstico arquitectónico y el diagnóstico de obra mueble.

El diagnóstico arquitectónico está compuesto por un cuestionario elaborado a partir de los lineamientos internos del inah y la sedue sobre el estado de conservación del monumento, el levantamiento de los planos arquitectónicos, el registro fotográfico a escala humana o estatal de los inmuebles y el registro videofilmado del monumento y de su contexto geográfico inmediato. Gracias a ello pudo elaborarse una tipología sobre el tipo de construcciones y la utilización de materiales según la zona y el tipo de misiones ahí encontradas. Tilo de sus naves interiores.

El diagnóstico fue subdividido a su vez en obra mueble y objetos artísticos, entendido por este primero el registro inventariado de todo el mobi-

liario perteneciente a los siglos xvii y xviii como puertas, ventanas, bancos, púlpitos, bautisterios, etc., como también los instrumentos útiles para la liturgia como vasos, cálices, etcétera.

Y la obra artística entendida como los bienes ornamentales e iconográficos útiles para el trabajo de conversión como retablos, esculturas, pintura de caballete y pintura mural.

Ya el Dr. Luis González ha señalado cómo los clérigos jesuitas se valieron de todos los medios para obtener la atención de la población indígena y muchos de ellos no escatimaban en sus bienes ornamentales.

De este modo, de un total de 112 misiones jesuitas identificadas el inah ha podido constituir un pequeño acervo sobre el estado de conservación arquitectónica y propiedades muebles de 80. Las 32 misiones restantes no pudieron ser registradas dado que en algunos casos se trataba de misiones ya desaparecidas e inexistentes y otras presentaron procesos de deterioro mayor.

Para finalizar hemos de señalar que los resultados de esta investigación son los siguientes:

En primer lugar la elaboración de un registro inventariado del patrimonio inmueble y mueble de 80 misiones de origen jesuita, así como la formación de un archivo gráfico que documenta el estado de conservación y/o deterioro de los edificios misionales desde su perspectiva arquitectónica y de sus bienes muebles.

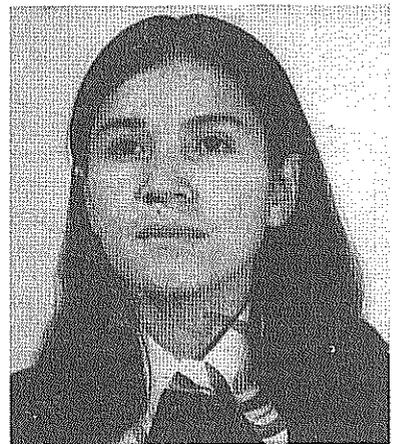
En segundo lugar, la elaboración de un cd-rom cuyo objetivo será la difusión a nivel interinstitucional de los resultados de esta investigación que plantea la necesidad de la colaboración para desarrollar trabajos de conservación y mantenimiento de los puestos misionales.

En tercer lugar, la elaboración de un manual de conservación dirigido a los miembros de las comunidades responsables de la conservación y mantenimiento de los puestos misionales.

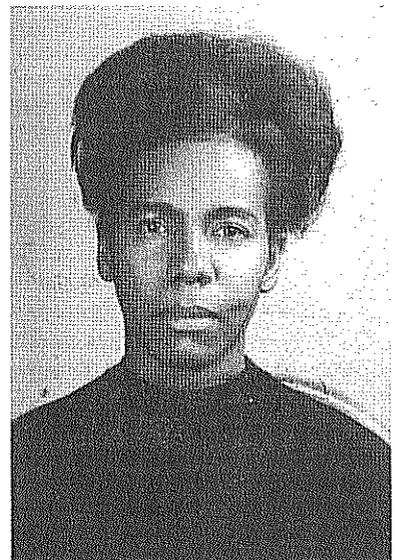
Por último, se hace necesaria la constitución e integración de espacios de discusión, formación y capacitación relacionada con los problemas de conservación de los inmuebles tales como el Seminario Internacional de Conservación y Restauración de Tierra (SICRAT) y los talleres de Cal/Tical; espacios de discusión anuales donde participan especialistas y miembros de las comunidades resguardatarias de su patrimonio inmueble, en el que aprenden por ejemplo el manejo de las técnicas tradicionales de utilización de cal o materiales de tierra como adobes.



-142-



-143-



-144-

Notas:

¹ La Orden jesuita fue establecida por Bula Papal de Paulo III *Regimini Militantis Ecclesiae* el 27 de septiembre de 1540. El Papa Julio III confirmó sus fórmulas institucionales el 21 de julio de 1550 en la Bula *Exposit Debitum* (Ch. Polzer citado por Ricardo de León, 1952:51)

² Cabe destacar que todos los profesos de la Orden jesuítica en el siglo XVI aparte de realizar sus votos de obediencia, castidad y pobreza añaden un cuarto voto de fidelidad a la autoridad papal y cinco promesas, todas ellas tendientes a mantener y conservar los estatutos jerárquicos de la propia Orden (Burrus, 1963).

³ En el periodo primitivo la evangelización de los gentiles estuvo por entero consagrada a las órdenes mendicantes: los franciscanos (1523-1524) fueron los primeros en llegar y trabajar en la conversión evangélica; luego los dominicos (1526) y por último los agustinos (1533) (cfr. Robertt, Ricard, 1995).

⁴ Los primeros en llegar a las tierras del noroeste novohispano fueron los frailes franciscanos. Hemos de recordar que aun en términos cronológicos son ellos quienes preceden en el trabajo pastoral a cualquier otra orden por su llegada temprana a tierras americanas. Incluso cabe señalarse que para la región noroeste en 1562, 10 años antes de la llegada jesuítica a la Nueva España, los frailes franciscanos de la Provincia del Santo Evangelio de México ya se habían establecido en Nombre de Dios, Durango, con indígenas mexicas, tarascos y zacatecos. La primera misión franciscana establecida en Chihuahua fue en 1574 en el Valle de Allende que tenía como pueblos de visita a Atotonilco, cuya población indígena correspondía mayoritariamente a indios tobosos y conchos. Más tarde se estableció la Misión de San Francisco de Conchos y luego hacia 1607 se estableció la Misión del Tizonazo, muy próxima a la de Indé.

⁵ Se llamó reducción al proceso desarrollado tendiente a la congregación de los indígenas en pueblos. A los poblados que habían resultado de la labor reductora se les llamaba reducciones, mientras sus moradores estaban también en proceso de cristianización. Posteriormente, después de 20 años se cambiaba su denominación por pueblo (cfr. Borges, 1987:104).

⁶ Merrill, William, *La época franciscana en la tarahumara*, 1993.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

⁹ El trabajo de campo se desarrolló en diversas salidas. Generalmente se planearon rutas y se hizo el levantamiento de la información de todas aquellas misiones que se localizaban sobre las rutas. De modo que en una salida podían ser visitadas 14, pero en otras cinco. Se visitó todo inmueble bajo previo conocimiento de su existencia, aunque se desconociera si tenía o no obra mueble bajo resguardo, incluso aunque se desconociera la existencia contemporánea del inmueble.

Bibliografía:

Borges, Pedro, *Civilización en América*, Madrid, Alhambra, 1987.

Burrus, Ernest y Zubilloaga, Félix, *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas*, México, UNAM, 1986.

González Rodríguez Luis, *El noroeste novohispano en la época colonial*, México, UNAM, 1993.

Gutiérrez Gutiérrez, Donaciano, *Los tarahumaras (Catálogo de las colecciones etnográficas del Museo Nacional de Antropología)*, México, INAH, conaculta y Museo Nacional de Antropología, 1992.

Merril, William, "La época franciscana en la tarahumara", Ponencia presentada en el IV Congreso Internacional de Historia Regional Comparada, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua, 1993.

Ricard, Robert, *La Conquista espiritual de México. Ensayos sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España 1523-1572*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Suárez Tena, Wendy Gabriela, "Conservemos las misiones de la Sierra Tarahumara", Tesis para obtener el título de Arquitecto, Instituto Superior de Arquitectura y Diseño de Chihuahua, Chihuahua, 1989.



-145-



-146-



-147-



-148-